

En el centro de esta fotografía en blanco y negro vemos a un hombre, retratado de muslos hacia arriba, con los brazos en alto y las palmas hacia delante.

Tiene la boca abierta, como si estuviera cantando.

Lleva el pecho descubierto, un sombrero de plumas y pintura oscura en la frente y las mejillas.

La pintura desciende por el torso hasta llegar cerca del ombligo.

Lleva un colgante que le llega hasta el pecho.

Detrás del hombre vemos aguas poco profundas que fluyen sobre las rocas y, encima, frondosas ramas de árboles formando un arco.

Al fondo hay otros dos hombres; uno de ellos, a la izquierda de la imagen, está sentado en una roca cubierta de musgo y sostiene dos largas lanzas.

El otro está en la parte superior central de la imagen, agachado sobre un montículo.

Una espesa niebla llena el ambiente.

Soy Sebastião Salgado, un fotógrafo de Brasil.

Capté esta foto cuando subí a la montaña más alta del país, Pico da Neblina (Pico de la niebla), en el corazón de la región del Amazonas.

Estamos acostumbrados a ver imágenes del Amazonas como una inmensa llanura de ríos sinuosos.

Pero sabemos poco sobre la vida en estas montañas, ya que es muy difícil acceder a ellas.

Las montañas más grandes de Brasil se encuentran en el Amazonas, y la gran densidad de la vegetación hace que aún nos quede mucho por aprender sobre ellas.

Subí la montaña con un grupo de 22 personas indígenas, dos de las cuales eran grandes chamanes, y uno de ellos es el hombre que aparece en esta imagen.

La subida fue complicada y resbaladiza.

El pico es conocido como «de la niebla» porque está envuelto en humedad y mucha lluvia.

Levantamos un campamento cuando llegamos a una altitud de 2100 m y acabamos la subida a los 3107 m.

Durante el ascenso, el chamán de la foto, Koparihewë (que significa «jefe de la canción» o «voz de la naturaleza»), se dirige a la gran diosa Yanomami, que vive en lo alto de las montañas.

Esta diosa controla la lluvia y las tormentas en el Amazonas, y él le pide que pare la lluvia para que podamos subir más fácilmente.

Al final, el ascenso fue asumible.

No intento enviar mensajes a través de mi obra porque dejo que hable por sí misma.

Pero espero que inspire a la gente a ver mis fotografías de esta región con amor y respeto hacia este bosque y sus habitantes.

El Amazonas es una de las regiones más protegidas del planeta, junto con la Antártida, y debemos proteger este espacio por todos los medios. De lo contrario nos enfrentaremos a una catástrofe, no solo quienes viven cerca del río y sus bosques, sino todo el planeta.

El Amazonas alberga la mayor concentración de biodiversidad y agua del mundo.

Si lo destruimos, se devolvería tantísimo carbono a la atmósfera que provocaría el fin del planeta.

Nos llevaría del paraíso que representa el Amazonas directamente al infierno.

Con esta fotografía y otras que he captado allí, pretendía provocar preocupación y respeto para ayudar a proteger este ecosistema.

Para hacer esta fotografía, utilicé una cámara que ayudé a Canon a desarrollar: la 1D X.

Para mí, es la cámara perfecta.

Es hipersólida, con una resistencia y calidad increíbles, lo que te permite trabajar en todo tipo de condiciones, incluidas las inhóspitas montañas del Amazonas.

Hago mis fotografías contando historias.

Esta imagen forma parte de una historia que me llevó casi nueve años.

Hice 58 reportajes y viajes en el Amazonas para conseguir una sola historia.

La colección resultante, «Amazonia», tiene más de 200 fotografías.

Si multiplicas ese número por el tiempo invertido en hacer cada foto, 1/250 de segundo, todo el reportaje representa un segundo de fotografía.

Un segundo que tardé nueve años en conseguir.

Las personas a veces me definen como artista, pero no lo soy.

Soy fotógrafo, un ente totalmente independiente.

La fotografía es un lenguaje universal.

Las fotografías que realicé en el Amazonas se pueden entender en China, en Francia y en Japón sin necesidad de traducción.

Es una forma de comunicación visceral y directa.

Para fotografiar, tienes que profundizar en el fenómeno que ocurre delante de ti con un alto grado de concentración y densidad.

Porque solo una fotografía contará toda la historia.

En la actualidad, las imágenes se han convertido en un medio de comunicación, pero la fotografía no.

Las imágenes captadas con el teléfono móvil no son fotografía, sino un lenguaje que utilizamos para comunicarnos.

La fotografía de verdad tiene el poder de transmitir todo lo que proviene de la herencia estética, cultural, ideológica y antropológica del fotógrafo y de ese momento en el que crea un corte de realidad representativo.

Es el espejo de la sociedad, un fotograma representativo del momento histórico en el que se hizo.

Tiene el increíble poder de inspirar y transformar.

Ahora tengo 80 años, y empecé a fotografiar a los 26.

Mi trabajo como fotógrafo es el cúmulo de experiencias que he tenido a lo largo de mi vida.

Pero en cierto momento de mi carrera, me pasé a la ecología.

Heredé la granja de mis padres en el valle del río Doce, y mi mujer Lélia y yo la convertimos en un parque nacional con vistas a reforestar una región.

Hasta la fecha, hemos plantado más de tres millones de árboles en esta tierra, que ha vuelto a florecer y a convertirse en un increíble bosque.

Puede que sea el fotógrafo que más ha trabajado en la historia de la fotografía.

Pero, probablemente, lo más importante que he hecho en mi vida no tiene nada que ver con la fotografía.

Es plantar todos esos árboles.

He tenido una vida increíble, y la fotografía me ha aportado muchísimo.

Me ha permitido visitar más de 130 países y ser testigo del planeta que todos compartimos.

Vine de la tierra y hoy vuelvo a ella.

Mi vida es como un ciclo que estoy cerrando ahora.